

CAPITULO. V.

. La tormenta umbria
en los aires revuelve un Océano
que todo lo sepulta.

HEREDIA.

La noche mas profunda enlutaba ya el suelo. Aun no caia una gota de lluvia, ni la mas ligera corriente de aire refrigeraba á la tierra abrasada. Reinaba un silencio temeroso en la naturaleza, qué parecia contemplar con profundo desaliento

la cólera del cielo, y esperar con triste resignacion el cumplimiento de sus amenazas.

Sin embargo, en tan horrible noche dos hombres atrevidos atravesaban á galope aquellas sabanas abrasadas, sin el menor indicio de temor. Estos dos hombres ya los conoce el lector: eran Enrique y Sab, montado el uno en su fogoso alazán, y el otro en un jaco negro como el ébano, mas ligero que vigoroso. El inglés llevaba ceñido un sable corto de puño de plata cincelada, y dos pistolas en el arzón delantero de su silla; el mulato no llevaba mas arma que su machete.

Ni uno ni otro proferian una palabra ni parecia que echasen de ver los relámpagos, mas frecuentes por momentos, por que cada uno de ellos estaba dominado por un pensamiento que absorvia cualquier otro. Es indudable que Enrique Otway amaba á Carlota de B.... y cómo no amar una criatura tan bella y apasionada? Cualesquiera que fuesen las facultades del alma del inglés, la altura ó ba-

jeza de sus sentimientos, y el mayor ó menor grado de su sensibilidad; no cabe duda en que su amor á la hija de don Carlos era una de las pasiones mas fuertes que habia experimentado en su vida. Pero esta pasion no siendo única era contrastada evidentemente por otra pasion rival y á veces victoriosa: la codicia.

Pensaba, pues, alejándose de su querida, en la felicidad de poseérla, y pesada esta dicha con la de ser mas rico, casándose con una muger menos bella acaso, menos tierna, pero cuya dote pudiera restablecer el crédito de su casa decaida, y satisfacer la codicia de su padre. Agitado é indeciso en esta eleccion se reconvenia á si mismo de no ser bastante codicioso para sacrificar su amor á su interés, ó bastante generoso para posponer su conveniencia á su amor.

Diversos pensamientos mas sombríos, mas terribles, eran sin duda los que ocupaban el alma del esclavo. ¿Pero quien se atreveria á querer penetrarlos? A la luz repercutida de los relámpagos velanse sus

ojos fijos, siempre fijos en su compañero, como si quisiera registrar con ellos los senos mas recónditos de su corazón; y por un inconcebible prodigio pareció por fin haberlo conseguido pues desvió de repente su mirada, y una sonrisa amarga, desdenosa, inesplicable, contrajo momentáneamente sus labios. ¡Miserable! murmuró con voz inteligible; pero esta exclamación fué sofocada por la detonación del rayo.

La tempestad estalla por fin súbitamente. Al soplo impetuoso de los vientos desencadenados el polvo de los campos se levanta en sofocantes torbellinos: el cielo se abre vomitando fuego por innumerables bocas: el relámpago describe mil ángulos encendidos: el rayo troncha los mas corpulentos árboles y la atmósfera encendida semeja una vasta hoguera.

El joven inglés se vuelve con un movimiento de terror hácia su compañero. —Es imposible continuar, le dice, absolutamente imposible.—No lejos de aquí, responde tranquilamente el esclavo, está

la estancia de un conocido mio. =Vamos á ella al momento, dijo Enrique que conocia la imposibilidad de tomar otro partido.

Pero apenas habia pronunciado estas palabras una nube se rasgó sobre su cabeza: el arbol bajo el cual se hallaba cayó abrasado por el rayo, y su caballo lanzándose por entre los árboles, que el viento sacudia y desgajaba, rompió el freno con que el aturdido ginete se esforzaba en vano á contenerle. Chocando su cabeza contra las ramas y vigorosamente sacudido por el espantado animal, Enrique perdió la silla y fué á caer ensangrentado y sin sentido en lo mas espeso del bosque.

Un gemido doliente y largo designó al mulato el parage en que habia caido, y bajándose de su caballo se adelantó presuroso y con admirable tino, apesar de la profunda oscuridad. Encontró al pobre Otway pálido, sin sentido, magullado el rostro y cubierto de sangre, y quedóse de pie delante de él, inmovil y como petrificado. Sin embargo, sombrío y siniestro, como los fuegos de la tempestad, era el bri-

llo que despedían en aquel momento sus pupilas de azabache, y sin el ruido de los vientos y de los truenos hubieranse oído los latidos de su corazón. Aquí está! exclamó por fin con horrible sonrisa. Aquí está! repitió con acento sordo y profundo, que armonizaba de un modo horrendo con los bramidos del huracán. ¡Sin sentido! moribundo!... mañana llorarían á Enrique Otway muerto de una caída, víctima de su imprudencia.... nadie podría decir si esta cabeza había sido despedazada por el golpe. ó si una mano enemiga había terminado la obra. Nadie adivinaría si el decreto del cielo había sido auxiliado por la mano de un mortal..... la oscuridad es profunda y estamos solos..... solos él y yo en medio de la noche y de la tempestad!... Hélo aquí á mis pies, sin voz, sin conocimiento, á este hombre aborrecido. Una voluntad le reduciría á la nada, y esa voluntad es la mía... ¡la mía, pobre esclavo de quien él no sospecha que tenga una alma superior á la suya..... capaz de amar, capaz de aborrecer..... una alma que supiera ser

grande y virtuosa y que ahora puede ser criminal! he aqui tendido á ese hombre que no debe levantarse mas!

Crujieron sus dientes y con brazo vigoroso levantó en el aire, como á una ligera paja, el cuerpo esbelto y delicado del joven ingles.

Pero una súbita é incomprensible mudanza se verifica en aquel momento en su alma, pues se queda inmóvil y sin respiracion cual si lo subyugase el poder de algun misterioso conjuro. Sin duda un genio invisible, protector de Enrique, acaba de murmurar en sus oidos las últimas palabras de Carlota:—Sab, yo te recomiendo mi Enrique.

¡Su Enrique! exclamó con triste y sarcónica sonrisa: él! este hombre sin corazon! y ella llorará su muerte! ¡y él se llevará al sepulcro sus amores y sus ilusiones!... Porque muriendo él no conocerá nunca Carlota cuan indigno era de su amor entusiasta, de su amor de muger y de virgen... muriendo vivirá por mas tiempo en su memoria, porque le animará el alma

de Carlota, aquella alma que el miserable no podrá comprender jamás. Pero debo yo dejarle la vida? le permitiré que profane á ese angel de inocencia y de amor? le arrancaré de los brazos de la muerte para ponerle en los suyos?

Un débil gemido que exhaló Otway hizo estremecer al esclavo. Dejó caer su cabeza que sostenia, retrocedió algunos pasos, cruzó los brazos sobre su pecho, agitado de una tempestad mas horrible que la de la naturaleza; miró al cielo que semejava un mar de fuego, miró á Otway en silencio y sacudió con violencia su cabeza empapada por la lluvia, rechinando unos contra otros sus dientes de marfil. Luego se acercó precipitadamente al herido, y era evidente que terminaban sus vacilaciones y que habia tomado una resolucion decidida.

Al dia siguiente hacia una mañana hermosa, como lo es por lo regular en las Antillas la que sucede á una noche de tormenta. La atmósfera purificada, el cielo azul y espléndido, el sol vertiendo torrentes de luz sobre la naturaleza regocijada.

Solamente algunos árboles desgajados atestiguaban todavía la reciente tempestad.

Carlota de B... veía comenzar aquel deseado día apoyada en la ventana de su dormitorio, la misma en que la hemos presentado por primera vez á nuestros lectores. El encarnado de sus ojos, y la palidez de sus mejillas, revelaban las agitaciones y el llanto de la noche, y sus miradas se tendían por el camino de la ciudad con una expresión de melancolía y fatiga.

Repentinamente en su fisonomía se pintó un espanto indescriptible y sus ojos, sin variar de dirección, tomaron una expresión mas notable de zozobra y agonía. Lanzó un grito y hubiera caído en tierra si acudiendo Teresa no la recibiera en sus brazos. Pero como si fuese tocada de una conmoción eléctrica, Teresa, en el momento de llegar á la fatal ventana, quedó tan pálida y demudada como la misma Carlota. Sus rodillas se doblaron bajo el peso de su cuerpo, y un grito igual al que la había atraído á aquel sitio se exhaló de su oprimido pecho.

Pero nadie acude á socorrerlas: la alarma es general en la casa, y el Sr. de B... está demasiado aturdido para poder atender á su hija.

El objeto que causa tal consternacion no es mas que un caballo con silla inglesa, y las bridas despedazadas, que acaba de llegar conducido por su instinto al sitio de que partiera la noche anterior. ¡Es el caballo de Enrique! Carlota vuelta en su acuerdo prorrumpe en gritos desesperados. En vano Teresa la aprieta entre sus brazos con no usada ternura, conjurándola á que se tranquilice y esforzándose á darle esperanzas: en vano su excelente padre pone en movimiento á todos sus esclavos para que salgan en busca de Enrique. Carlota á nada atiende, nada oye, nada vé sino á aquel fatal caballo mensajero de la muerte de su amante. A él interroga con agudos gritos y en un raptó de desesperacion precipítase fuera de la casa y corre desatinada hácia los campos, diciendo con enagenamiento de dolor.—Yo misma, yo le buscaré... yo quiero descubrir su cadáver y espirar sobre él.

Parte veloz como una flecha y al atravesar la taranquela se encuentra frente á frente con el mulato. Sus vestidos y sus cabellos aun están empapados por el agua de la noche, mientras que corren de su frente ardientes gotas de sudor que prueban la fatiga de una marcha precipitada.

Carlota al verle arroja un grito y tiene que apoyarse en la taranquela para no caer. Sin fuerzas para interrogarle fija en él los ojos con indecible ansiedad, y el mulato la entiende pues saca de su cinturón un papel que le presenta. Igualmente tiemblan la mano que le dá y la que le recibe... Carlota devora ya aquel escrito con sus ansiosas miradas, pero el exceso de su conmoción no le permite terminarlo, y alargándoselo á su padre, que con Teresa llegaba á aquel sitio, cae en tierra desmayada.

Mientras don Carlos la toma en sus brazos cubriéndola de besos y lágrimas, Teresa lee en alta voz la carta: Decía así.

«Amada Carlota: salgo para la ciudad en un carruaje que me envía mi padre, y estoy libre al presente de todo riesgo. Una

caida del caballo me ha obligado á detenerme en la estancia de un labrador conocido de Sab, de la cual te escribo para tranquilizarte y prevenir el susto que podrá causarte el ver llegar mi caballo, si como Sab presume lo hace así. He debido á este joven los mas activos cuidados. El es quien andando cuatro leguas de ida y vuelta, en menos de dos horas, acaba de traerme el carriage en el que pienso llegar con comodidad á Puerto-Principe. A Dios &c.

Carlota vuelta apenas en su conocimiento hizo acercar al esclavo y, en un exabrupto de alegría y agradecimiento, ciñó su cuello con sus hermosos brazos.--Amigo mio! mi angel de consolacion! exclamaba: ¡bendígate el cielo!... ya eres libre, yo lo quiero.

Sab se inclinó profundamente á los pies de la doncella y besó la delicada mano que se habia colocado voluntariamente junto á sus labios. Pero la mano huyó al momento y Carlota sintió un ligero estremecimiento: porque los labios del esclavo habian caído en su mano como una áscua de fue-

go. Eres libre, repitió ella fijando en él su mirada sorprendida como si quisiera leer en su rostro la causa de una emoción que no podía atribuir al gozo de una libertad largo tiempo ofrecida y repetidas veces reusada: pero Sab se había dominado y su mirada era triste y tranquila, y serio y melancólico su aspecto.

Interrogado por su amo refirió en pocas palabras los pormenores de la noche, y acabó asegurando á Carlota que no corría ningún peligro su amante y que la herida que recibiera en la cabeza era tan leve que no debía causar la menor inquietud. Quiso en seguida volver á marchar á la ciudad á desempeñar los encargos de su amo, pero este considerándole fatigado le ordenó descansar aquel día y partir al siguiente con el fresco de la madrugada. El esclavo obedeció retirándose inmediatamente: *

Las diversas y vivas emociones que Carlota había experimentado en pocas horas, agitáronla de tal modo que se sintió indispuesta y tuvo necesidad de recogerse

en su estancia. Teresa la hizo acostar y colocóse ella á la cabecera del lecho mientras el señor de B.... fumando cigarros y columpiándose en su hamaca, pensaba en la estremada sensibilidad de su hija, tratando de tranquilizar su corazon paternal de la inquietud que esta sensibilidad tan viva le causaba, repitiéndose á simismo.—Pronto será la esposa del hombre que ama: Enrique es bueno y cariñoso, y la hará feliz. Feliz como yo hize á su madre cuya hermosura y ternura ha heredado.

Mientras el discurría así sus cuatro hijas pequeñas jugaban al rededor de la hamaca. De rato en rato llegábanse á columpiarle y don Carlos las besaba reteniéndolas en sus brazos.

Hechizos de mi vida, las decia, un sentimiento mas vivo que el afecto filial domina ya el corazon de Carlota, pero vosotras nada conoceis todavia mas dulce que las caricias paternas. Cuando un esposo reclame toda su ternura y sus cuidados, vosotras consagrareis los vuestros á hermohear los últimos dias de vuestro anciano padre.

Carlota reclinada su linda cabeza en el seno de Teresa hablábale tambien de los objetos de su cariño: de su esclente padre, de Enrique á quien amaba mas en aquel momento: porque quién ignora cuanto mas caro se hace el objeto amado, cuando le recobramos despues de haber temido perderle?

Teresa la escuchaba en silencio: disipados los temores habia recobrado su glacial continente, y en los cuidados que prodigaba á su amiga habia mas bondad que ternura.

Rendida por último á tantas agitaciones como sufriera desde el dia anterior durmióse Carlota sobre el pecho de Teresa, cerca del medio dia y cuando el calor era mas sensible. Teresa contempló largo rato aquella cabeza tan hermosa, y aquellos soberbios ojos dulcemente cerrados, cuyas largas pestañas sombreaban las mas puras mejillas. Luego colocó suavemente sobre la almohada la cabeza de la bella dormida, y brotó de sus párpados una lágrima largo tiempo comprimida.

:

Cuan hermosa es! murmuró entre dientes. ¿Como pudiera dejar de ser amada? Luego miróse en un espejo que estaba al frente y una sonrisa amarga osciló sobre sus labios.

